

ROBERTO VILLA GARCÍA

1937

EL ESTADO CATALÁN  
Y EL SOVIET ESPAÑOL

  
ESPASA

ROBERTO VILLA GARCÍA

# 19 17

EL ESTADO CATALÁN  
Y EL SOVIET ESPAÑOL



ESPASA

© Roberto Villa García, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.204-2021  
ISBN: 978-84-670-6181-9

Imágenes de interior: © Oronoz; Album; Mundo Gráfico; © Joseph Martin; Documenta y Agencia EFE.  
Iconografía: Grupo Planeta

Esta investigación se inscribe en el marco de los proyectos «Reformas electorales y competencia política en el tránsito del liberalismo a la democracia. España, 1918-1936» (Ref. HAR2015-68013-R MINECO-FEDER) y «Práctica electoral y quiebra del constitucionalismo en España, 1923 y 1936» (Comunidad de Madrid-Universidad Rey Juan Carlos, Ref. V792-PEQCE).

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

PRÓLOGO. LA TRÁGICA MUERTE DE LA ESPAÑA LIBERAL .....	13
1. LA ESPAÑA DE 1917 .....	21
El suicidio de Europa .....	25
Una neutralidad a contracorriente .....	32
Una guerra no tan provechosa .....	46
2. VÍSPERAS REVOLUCIONARIAS .....	61
Los enemigos del liberalismo .....	62
Los anarquistas retornan al sindicato .....	69
Un PSOE al servicio de la UGT .....	78
El pacto revolucionario de Zaragoza .....	92
3. LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA .....	103
Alfonso XIII, rey constitucional .....	105
España no era diferente .....	114
Una democracia <i>in the making</i> .....	122
Romanones se inclina hacia los aliados .....	131
El Partido Liberal se resquebraja .....	142
4. EL ESTADO CATALÁN .....	149
<i>L'Espanya Gran</i> .....	149
El asalto nacionalista al turno .....	156
5. LA TEMPESTAD QUE LLEGÓ DEL ESTE .....	169
Romanones no inspira confianza .....	169
Cercados por tierra y mar .....	177
La controversia marroquí .....	182
El terremoto ruso sacude España .....	190
España, al borde de la guerra .....	204

6.	LOS MILITARES SE SUBLEVAN .....	215
	Aliadófilos contra germanófilos .....	216
	Maura, neutralista .....	227
	La irrupción de las juntas militares .....	233
	Un incendio desbocado .....	242
	El pronunciamiento del Primero de Junio .....	254
	«La crisis más grave de mi vida política» .....	259
7.	EL REY SE PLANTEA ABDICAR .....	273
	La avalancha juntera .....	274
	La alternativa republicana .....	280
	La efervescencia revolucionaria .....	294
	Estado de excepción .....	306
8.	LA DUMA ESPAÑOLA .....	315
	Cambó toma la iniciativa .....	315
	Las juntas militares ante el Parlamento rebelde .....	325
	La revolución <i>manqué</i> .....	337
9.	AGOSTO ROJO .....	353
	Ferrovianos en pie de guerra .....	354
	«Si España ha de salvarse» .....	362
	El soviet de los oficiales .....	372
	«Cosas Veredes» .....	377
	La semana sangrienta .....	390
	Los junteros se inhiben .....	397
	Un «hecho glorioso de los trabajadores españoles» .....	411
10.	LOS JUNTEROS LIQUIDAN EL TURNO .....	421
	La ofensiva del coronel Márquez .....	424
	Dato, en tierra de nadie .....	432
	La batalla de los generales .....	442
	¿Una reforma democrática? .....	447
	Ultimátum para un golpe de Estado .....	457
	El contragolpe de los junteros monárquicos .....	466
	Tras el turno, el vacío .....	475
11.	EL «MONSTRUO DE HORACIO» .....	487
	Un Gobierno tutelado por el catalanismo .....	490

Amnistía o revolución .....	498
Una España asfixiada .....	513
12. EL SOVIET DE LOS SARGENTOS .....	529
Márquez va a por Juan de la Cierva .....	530
La emancipación de los suboficiales .....	535
La eliminación del coronel Márquez .....	542
Los anarquistas se rehacen .....	549
13. LOS ESPAÑOLES NO QUIEREN LA «RENOVACIÓN» .....	565
Cambó exige elecciones .....	567
Un «salto a las tinieblas» .....	573
García Prieto se quita la careta .....	584
Trabas y juego sucio .....	591
Urnas contra la revolución .....	598
14. LA CAÓTICA AGONÍA DE LA RESTAURACIÓN .....	611
El catalanismo pierde el poder .....	611
Sánchez de Toca dinamita el Gobierno .....	622
Un fuego tras otro .....	627
El pronunciamiento de los funcionarios .....	634
No hay salida .....	643
Abdicación y dictadura .....	648
CONCLUSIÓN. LA REVOLUCIÓN QUE FRUSTRÓ LA DEMOCRACIA .....	657
AGRADECIMIENTOS .....	683
NOTAS .....	685
LISTADO DE ABREVIATURAS .....	721
ANEXO I. GOBIERNOS DE ESPAÑA DE OCTUBRE DE 1913 A NO- VIEMBRE DE 1918 .....	723
ANEXO II. LOS PARTIDOS POLÍTICOS ESPAÑOLES EN LA CRI- SIS DE 1917 .....	729
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	733
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	747



# 1

## LA ESPAÑA DE 1917

La nochevieja de 1916 fue tristísima en aquella Europa en llamas. El año nuevo de 1917 se recibía sin perspectivas de que terminara la Primera Guerra Mundial, iniciada hacía casi dos años y medio. Por entonces, muy pocos países europeos escapaban de la tragedia y España era la más extensa y poblada de las naciones neutrales. En contraste con la penuria y la oscuridad impuesta por el racionamiento de carbón en otras capitales europeas, Madrid pudo permitirse recibir con alegría el estreno de 1917. La Puerta del Sol lucía espléndidamente iluminada, y en la plaza se arremolinaban las gentes que, con disfraces, se disponían a participar de la fiesta. El presidente del Consejo de Ministros en ejercicio y líder de la izquierda constitucional, conde de Romanones, contemplaba con satisfacción los bailes y la algarabía desde la balconada del Ministerio de la Gobernación, instalado en la antigua Real Casa de Correos. Ya por entonces era costumbre apurar las doce uvas antes de año nuevo, pero, por vez primera, se haría al son de las campanas<sup>1</sup>. El júbilo por haber cruzado el umbral de 1917 solo anunciaba el principio del jolgorio, pues en aquel Madrid también se trasnochaba hasta el amanecer. La mañana del 1 de enero servía para desembotarse, dormir y recuperar fuerzas. Por la tarde se ofrecían nuevos festejos, entre los que no faltó, gracias al buen tiempo, la clásica novillada. Los toros eran entonces un verdadero espectáculo de masas.

Más solemne había sido, como correspondía a la etiqueta, la entrada de año nuevo en el Palacio Real. No había faltado en

la capilla el tradicional *Te Deum* con el que se agradecía el feliz término de 1916, pero acompañado de rogativas para que el nuevo año fuese el último de la guerra. No estaban de más, pues España se sustraía con cada vez más dificultad de aquel conflicto global.

A la ceremonia había acudido la familia real en pleno, con Alfonso XIII al frente. Rey constitucional desde su nacimiento, llevaba en ejercicio desde 1902. El monarca todavía era joven: solo contaba treinta años. De estatura media, esbelto, moreno, tez pálida y rasgos habsbúrgicos, su parecido con Felipe IV, el penúltimo Austria, se evidenciaba con los años. El rey era de porte elegante y distinguido, rasgo este compartido con su madre, María Cristina de Habsburgo, reina regente de España de 1885 a 1902 y discreta tutora del monarca durante sus primeros años de reinado. Aunque se mantenía en un segundo plano, seguía desempeñando el papel de consejera de la máxima confianza del rey. Prima del emperador Francisco José de Austria-Hungría, austriaca ella misma hasta su matrimonio con Alfonso XII y hermana del comandante supremo de los ejércitos imperiales, el archiduque Federico de Austria, María Cristina tendría que «haber dejado de ser humana» si no hubiera sentido en aquella guerra «natural simpatía por su país de nacimiento»<sup>2</sup>. Como Austria se batía junto a Alemania, se daba por hecho que María Cristina era el puntal más firme de la germanofilia en Palacio.

Sin embargo, eso era ir demasiado lejos. Desde hacía décadas, la exregente identificaba el interés de su dinastía con el de España y nunca llegó a postular la alineación, abierta o velada, de su país con las potencias centrales. Tampoco interfirió en la política exterior la esposa del rey, Victoria Eugenia de Battenberg, un año más joven que Alfonso XIII y a la que se le suponía, y así era, una firme anglofilia. De gesto regio, rasgos finos, ojos azules y tez clara, la reina había pertenecido, antes de casarse, a la familia real británica, como nieta de Victoria I. Aunque el matrimonio no había sido un mero un negocio de Estado, sí supuso para España una elección diplomática: la de estrechar lazos con la monarquía británica, todavía la más poderosa del mundo. En 1917 ya habían nacido los seis hijos del matrimonio real, cuatro



varones y dos mujeres, de modo que la sucesión habría estado más que asegurada si no fuera por la hemofilia, una enfermedad hereditaria que afectaba a dos de los niños.

En todo caso, Alfonso XIII pudo desenvolver, sin demasiadas presiones de su entorno familiar, su política personal respecto de la Gran Guerra. Inclinado personalmente hacia la alianza franco-británica, en cuya victoria aún confiaba, y nada afín al altivo káiser alemán Guillermo II, el rey entreveía que la prolongación del conflicto y el equilibrio entre los bandos harían ineludible una paz negociada, idea que, además, abonaba el creciente hastío de la opinión pública en los países contendientes y el riesgo de una quiebra revolucionaria. Alfonso XIII soñaba con erigirse en mediador, instalando la conferencia de paz en Madrid y realizando de esa forma el papel internacional de España. Expectativas que, por entonces, se alentaban desde Viena, pues hacía poco más de un mes que había muerto el longevo emperador Francisco José, al que sucedió su sobrino nieto, Carlos I, que patrocinaba prudentemente la salida de Austria-Hungría del conflicto. Con el cambio de monarca, la gran obsesión de Alfonso XIII era coadyuvar a esa paz por separado. Abogó repetidamente por ella ante los embajadores y agregados militares de Reino Unido y Francia. De hecho, el rey ganó para esta causa al agregado francés, general Denvignes<sup>3</sup>.

La ambición del monarca coincidía con un diagnóstico de la situación bastante realista. En aquella Navidad se había agotado el espíritu alegre y combativo con el que gran parte de los jóvenes de las naciones beligerantes afrontaron el comienzo de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914. Imbuidos en la idea de que la guerra era a un tiempo una fatalidad inevitable de la vida nacional y una «prueba máxima de la virtud cívica»<sup>4</sup>, en tanto que suprema demostración del valor y el patriotismo, aquellos millones de soldados no sabían que estaban destruyendo la *Belle Époque* y protagonizando la primera de las tragedias europeas del siglo xx. La Gran Guerra inauguró lo que un observador privilegiado del periodo, el historiador Élie Halévy, llamaría veinte años más tarde «La era de las tiranías», es decir, el imparable re-

troceso del liberalismo en el viejo continente en beneficio de las ideocracias comunista y fascista.

El conflicto y su onda expansiva, prolongada años después de la Paz de Versalles, socavarían las democracias erigidas de cero durante la posguerra en las nuevas naciones creadas a partir de la desintegración de los imperios centrales. Además, el constitucionalismo experimental del periodo de entreguerras dotaría a estas democracias de lo que Ferdinand Hermens calificó de canales impropios de gobierno: el escrutinio proporcional y su secuela de parlamentarismo fragmentado e inestabilidad gubernativa. Estos fenómenos facilitaron la penetración de las fuerzas revolucionarias desatadas en la guerra dentro del sistema, y permitieron el uso de las reglas e instituciones democráticas contra la democracia misma<sup>5</sup>. La amenaza revolucionaria sobre marcos nacionales inéditos e instituciones inestables generó —polarizadas entre el bolchevismo ruso y el fascismo italiano— una floración de dictaduras militares que acabaría arrinconando al constitucionalismo en los extremos occidental y septentrional de Europa.

Los Gobiernos de 1917 abrieron los ojos poco antes que sus soldados, preocupados por la erosión que aquella guerra sin final producía en los fundamentos políticos de sus respectivas naciones. Tres años antes no habrían creído que la contienda llegaría a convertirse en la más sangrienta y «democrática» de la historia de la humanidad, pues por vez primera implicó a todos los ciudadanos de los países beligerantes, sin las intermitencias que aliviaban los desastres bélicos del siglo XIX. Ni siquiera los habitantes de los países neutrales como España escapaban a sus coletazos.

Pero si Alfonso XIII esperaba que del agotamiento y hastío de los pueblos surgiera el impulso para una paz negociada, se engañaba. Era cierto que contendían países constitucionales o semiconstitucionales, como Rusia desde 1905, y algunos, como Francia o Reino Unido, tenían Gobiernos responsables ante el Parlamento y la opinión pública. En otros, como Alemania o Austria-Hungría, la fiscalización de los Gobiernos se realizaba a través de sus respectivas cámaras, que ejercían importantes fun-

ciones legislativas y económicas. Sin embargo, lejos de estimular la desescalada, esas formas de gobierno incentivaron la prolongación del conflicto. Los sufrimientos acumulados en dos años y medio habían sido tan grandes, y los muertos y mutilados tan numerosos, que ningún político se atrevía a dar tan inconmensurable esfuerzo por inútil. ¿Cómo dar el primer paso y defender una paz negociada sin quedar como traidor? «Cuanto más dure la guerra, más va a durar», sentenciaba el filósofo francés Alain, y lo peor es que iba a aniquilar «la democracia, de la que sin embargo recibe lo que perpetúa su curso». La muerte de la democracia, completaba Halévy, haría imposible volver al equilibrio europeo de 1914. Habría un estado de guerra permanente salpicado de «pases falsas, pases precarias», que haría estallar el *juste milieu* («justo medio»), representado por el constitucionalismo liberal, en beneficio de los constantes bandazos entre un «socialismo de Estado» y otro «revolucionario y anárquico». De ahí que Halévy, dos décadas después, considerara al comunismo y al nazismo como la culminación de ese proceso revolucionario del que la Gran Guerra había sido catalizador y precipitante: ambos significaban la instauración de un «régimen de guerra» en tiempos de paz, una mutación que a Alfonso XIII no se le escapaba. En julio de 1917, el rey aventuró, ante un corresponsal del *Daily Express*, que ante los «inmensos movimientos» que la guerra causaba en todos los países, «los Gobiernos futuros habrán de iniciarse hacia un socialismo, a un género de socialismo de Estado»<sup>6</sup>.

### EL SUICIDIO DE EUROPA

El rey, como Halévy, solo constataba la tendencia de los cambios introducidos por la guerra en todos los ámbitos de la vida. El primer conflicto total de la historia de la humanidad exigió una movilización tan ingente de seres humanos y recursos materiales que los caminos por los que discurrían la política y la economía se desvirtuaron. Los ejércitos sustrajeron millones de hombres jóvenes a todos los sectores de la vida social, un hueco

que los varones maduros no pudieron cubrir y que aceleró la lenta, aunque perceptible, incorporación de las mujeres a la vida pública. La crueldad de la guerra no se explicitó solo en la muerte de millones de combatientes, sino en la violación constante de las convenciones internacionales que trataban de humanizar la lucha. Ni las retaguardias, tomadas como objetivo bélico en aquella grandiosa batalla de desgaste, pudieron resguardarse de las privaciones, de los bombardeos, de las deportaciones e incluso de la política de tierra quemada impuesta por los movimientos de frontera.

En la esfera económica, los Gobiernos de los países beligerantes extendieron hasta lo inverosímil su intervención en tiempos de paz ante la necesidad de desviar una cantidad ingente de recursos pecuniarios, alimentarios, textiles, energéticos, médicos y de transporte a ejércitos gigantescos. La carestía que esto provocaba en la retaguardia, agravada por los bloqueos marítimos, se reflejó en las enormes alzas en los precios, sin precedentes al menos desde 1850. La velocidad de la escalada aumentó con la devaluación de las monedas. Los Gobiernos suspendieron su conversión en oro e incrementaron la circulación fiduciaria para cubrir parte de los gastos extraordinarios. No bastaban para financiar la guerra ni la notoria elevación de los impuestos ni la requisita selectiva de la propiedad privada. Entre 1913 y 1918, los precios se multiplicaron por 3,1 en Alemania, por 2 en Reino Unido, por 2,1 en Francia y por 2,6 en Italia. En Rusia lo hicieron por 4 solo entre 1914 y 1917<sup>7</sup>. Las consecuencias calamitosas que para el consumidor tuvo el encarecimiento de los productos de primera necesidad obligaron a los Gobiernos a controlar progresivamente los grandes medios de producción, distribución e intercambio, y a fijar precios y salarios. El racionamiento se convirtió en la práctica señera para combatir la carestía y la inflación, y prolongar la capacidad de resistencia de los ciudadanos. Ese «estatismo» reforzó el corporativismo como forma de organización productiva, y el sindicalismo para controlar las relaciones laborales. Pero, a su vez, los intereses de los agentes económicos quedaron supeditados a las prioridades de los Gobiernos, cuyo objetivo supremo era la victoria bélica.

El dominio del Estado llegó también a la esfera del pensamiento. La dilatación y la dureza del conflicto hicieron imposible tolerar las expresiones abiertamente desfavorables al esfuerzo de guerra, ligado ya a la supervivencia misma de la nación. Los pacifistas, a los que se consideraba difusores de una desmoralización que servía al enemigo, fueron silenciados: si levantaban la voz contra las disposiciones del estado de guerra, eran multados o encarcelados. A las minorías lingüísticas y religiosas desafectas también se las veía como un obstáculo para la regimentación de la retaguardia, por lo que fueron sometidas a estrecha vigilancia y se aceleró su asimilación forzada a la cultura predominante. Era el sueño de un nacionalismo que se había extendido por la Europa central y oriental antes de 1914 pero que ahora se había radicalizado con el conflicto. Algunas de estas minorías fueron incluso peor tratadas que el enemigo de guerra. Un caso extremo fue el de los cristianos ortodoxos bajo dominio turco y su expresión más cruel: el genocidio armenio.

Pero el control del pensamiento no fue exclusivamente campo para la represión. Los Gobiernos combatieron el hastío organizando el entusiasmo. La propaganda, gracias a la creciente influencia de los medios de comunicación de masas como la prensa y los nacientes cinematógrafo y radio, disipó la desmoralización en el frente y la retaguardia y dio razones para aceptar los sacrificios. Aquella regimentación parecía ineludible. El costoso servicio de armas, la militarización de la vida en retaguardia, la inflación y la carestía, la requisita de la propiedad o el establecimiento de nuevos impuestos, podían generar con el tiempo una insatisfacción desestabilizadora. La unidad y el espíritu de sacrificio que habían mostrado los ciudadanos de los países contendientes hasta 1917 señalaban la eficacia con que se había difundido el patriotismo cívico en Europa occidental y la ideología nacionalista en la central.

Precisamente, otra peligrosa secuela de aquella guerra total fueron las técnicas desarrolladas por los beligerantes para destruir la cohesión política de la retaguardia enemiga. Agentes a sueldo sobornaban a directivos sindicales para agudizar la conflictividad laboral y paralizar la producción, o azuzaban a los movimientos sepa-

ratistas contra sus Gobiernos con promesas de que la victoria les otorgaría, mediante una futura reordenación territorial, su Estado independiente. Los aliados se lo prometieron a los grupos eslavos de Austria-Hungría, o a los árabes de Turquía. Pero fue Alemania la que subvirtió con fruición la retaguardia de sus adversarios; no solo hizo promesas a fineses o lituanos para socavar a Rusia, sino que, además, patrocinó la *yihad* en las posesiones musulmanas británicas, el independentismo marroquí contra Francia<sup>8</sup> o la rebelión de los nacionalistas irlandeses en 1916. Los alemanes también financiaron movimientos pacifistas y sus ramas revolucionarias en los partidos socialistas francés, ruso o italiano, así como al anarquismo y al sindicalismo revolucionario, incitándoles a cometer huelgas y sabotajes.

En 1917, cuando se extendiera la percepción de que solo una victoria total garantizaba la supervivencia nacional y la de la forma de gobierno, la desestabilización de las retaguardias, al calor de las privaciones y el hastío bélico, se generalizaría por todo el continente. Para alcanzar una paz favorable a sus intereses, Berlín se fijó como objetivo sacar de la guerra a Italia y a Rusia, debilitada ya su capacidad de resistencia. El auxilio que los alemanes dieron a las fuerzas revolucionarias de estos dos países tendría consecuencias trascendentales para el futuro inmediato, especialmente en el Imperio de los zares.

La intensa y prolongada intervención de los Gobiernos en la vida de los ciudadanos no fue la misma en todas las naciones europeas: existían diferencias notables, por ejemplo, entre un Reino Unido liberal y una Alemania que experimentaba su «socialismo de Estado». Sin embargo, en todas partes se normalizó la omnipresencia de un Gobierno sin límites para entrometerse en la esfera privada de los individuos y con pretensiones de reorganizar a la sociedad civil. ¿Cómo no iban a ampliarse las expectativas de aquellas doctrinas socialistas o nacionalistas que habían visto en el Estado un medio ideal para construir un hombre nuevo? Y más cuando los beneficios inmediatos de esa intervención estatal —racionamiento alimentario, estabilidad laboral, asistencia sanitaria—, que para muchos europeos eran inseguros antes de 1914, hacían que los ciudadanos fuesen cada vez más permea-



bles a dicho control. Casi todo el mundo atisbaba que el fin de la guerra supondría también la cancelación de unos beneficios que unos Gobiernos endeudados y unas sociedades sometidas a una inflación galopante no podrían mantener. La anunciada depresión de posguerra, que devendría del ajuste presupuestario, el incremento del tipo de interés y las medidas deflacionarias, abrían la tan apetecida coyuntura que permitiría pasar de ese «socialismo de Estado» al «socialismo revolucionario», si es que no lo hacía antes la desafección por un conflicto interminable.

Halévy supo detectar el vínculo existente entre la guerra total y la pasión revolucionaria, que a él le parecía dormida desde el fracaso de la Comuna parisina en 1871. Pertenece a una generación, la de los nacidos alrededor de la década de los setenta del siglo XIX, que había crecido en una era de baja conflictividad, comparada desde luego con la centuria inmediatamente anterior (1775-1871). Por ello no es de extrañar que la Gran Guerra marcará una impronta traumática en sus vidas. Ciertamente el incremento de los conflictos entre 1905 y 1914 había hecho predecir a los intelectuales socialistas y nacionalistas una guerra internacional cuyos efectos desestabilizadores iban a desbloquear esa ansiada revolución que debía conducir a un mundo nuevo, pero sus profecías se tomaban con escepticismo.

El terremoto de la Gran Guerra no era la culminación de una quiebra previa de la forma de gobierno liberal; por el contrario, interrumpía una tendencia, problemática pero cierta, hacia la universalización del principio de libertad en política y en economía, y su secuela de prosperidad y derechos civiles más amplios y mejor garantizados. En 1914 despuntaba ya la primera globalización económica, los Gobiernos europeos convergían política y jurídicamente en torno al constitucionalismo liberal, con sus variedades nacionales, y había una cultura científica y unos valores comunes. Halévy no exageraba al evaluar el corte brusco que la guerra significó en la vida de los europeos. Bastaron cinco *semestres* para torcer esa tendencia. 1917 se estaba convirtiendo en un «violento corredor de tiempo comprimido» que alejaba irrevocablemente a los europeos «del mundo de 1914»<sup>9</sup>.